

El Mal



Prefacio

Esta parte de la obra (salvo los anexos finales) analiza el mal sólo desde el punto de vista de la filosofía. Trata de considerar el mal sólo a partir de la razón, con independencia de toda religión. Aunque sí que se habla de Dios, puesto que Dios es un concepto filosófico. La idea de un Ser Infinito Omnipotente es un concepto filosófico con el que puede trabajar intelectualmente hasta un ateo.

Y si Dios existe, existe por tanto retribución post mortem. Al hablar del mal, pero *incluyendo a Dios, la salvación y la condenación, puede parecerle a alguno que estamos haciendo teología*, pero este segmento de la obra tiene una firme voluntad de reflexionar sobre el concepto del mal en abstracto, sin apelar a otros elementos que la mera razón.

¿Qué es el mal?

El mal es la *carencia de un bien debido*. Esta es la definición ya clásica de Santo Tomás de Aquino. Llegar a esta definición requirió de muchas generaciones. Alcanzar una objetiva y perfecta definición de este concepto no es algo que se haya conseguido en un momento, sino que por el contrario ha sido necesario el pensamiento consecutivo de muchos intelectuales a lo largo de siglos para dar con una fórmula tan exacta como precisa, además de breve. Por lo tanto, el mal no es algo que tenga existencia en sí mismo, sino algo que existe en un ser.

Cuestión 151

¿Existe el mal?

La primera cuestión en la que debemos reparar es si existe el mal. ¿No podría ser que el bien y el mal lo ponemos nosotros con nuestra mirada? ¿No puede ser que se trate de un aspecto completamente subjetivo? ¿Lo que consideramos bien y mal no dependerá de un mero aprendizaje cultural? Lo que es malo aquí puede ser bueno en otro esquema de valores. Quizá lo bueno para nosotros, es lo reprobable para otros. ¿No puede ser que los enteros esquemas de bondad y maldad no tengan más fundamento que

un código de educación en la mesa al comer? ¿No puede ser que todo sea neutro y sea, en definitiva, nuestra mente la que es enseñada desde pequeña para verlo bajo un aspecto u otro?. Quizá son nuestros padres los que desde pequeños nos enseñan que es el bien y el mal al decirnos una y otra vez: *esto malo, esto bueno, ¡mal!, muy mal, bien, ¡muy bien!*

La primera cosa que debemos saber es que el mal y el bien son objetivos; aunque a veces nos equivoquemos en nuestros juicios acerca del bien y del mal. Pero el hecho que nos podamos equivocar y de que de hecho nos equivoquemos no afecta para nada a la objetividad intrínseca del bien y del mal. La enfermedad, el asesinato, la mutilación, el odio, la miseria, la guerra, el dolor... son males, auténticos y verdaderos males. La lista podría continuar alcanzando a centenares, a miles de aspectos. Nunca lograríamos una lista completa. Incluso los más entusiastas defensores de que el bien y el mal no son conceptos objetivos sienten tambalearse sus esquemas cuando contemplan los campos de Auschwitz. Cuando uno ve las filmaciones de la época con esos barracones cobijando a seres humanos, uno comprende que el mal existe por encima de todo condicionamiento cultural, de toda concepción filosófica. Al ver esos barracones uno comprende que no importan las razones que les llevaran a cometer esos crímenes, no importa el tanto por ciento de personas que en la retaguardia refrenda-

ran esas acciones, no importan los fines por los que creyeran justificadas esas nefandas acciones, aquello fue malo por encima de cualquier opinión, por encima de cualquier consideración.

Uno de los más fatídicos y terribles errores de la cultura postmoderna ha sido la superación del concepto de bien y de mal. Ya no existen el bien y el mal objetivos. Hay cosas que me convienen y cosas que no, hay cosas que van mal a los demás y otras que no, pero el bien y el mal han dejado de existir. Ese ha sido el más trágico error de nuestra cultura. Una vez que todo es neutro, una vez que nada es realmente malo en sí mismo, hemos creado un humus perfecto para que germine cualquier aberración. Si todo es relativo, hasta el mismo concepto de aberración es relativo también. Donde ya no existe el bien ni el mal, ya no hay tampoco nada que sea una aberración.

La destrucción de la objetividad del mal nos puede parecer innatural, pero si nos detenemos a reflexionar en la razón última por la que puede existir un bien y un mal, encontraremos que esa razón última sólo puede ser Dios. Sin Dios no podrían existir el bien y el mal objetivos. ¿Por qué? Pues, por ejemplo, porque no tendría sentido sacrificar la propia vida en aras de la justicia, si no existe una justicia después de la vida. El heroísmo extremo sería una insensatez. Perder la

única vida si no hay nada después, supondría perderlo todo frente a la mera posibilidad de un bien de otros. El mundo por tanto no sería justo. Y si el mundo no es justo, qué sentido tiene sacrificarlo todo por un mundo que en sí mismo no es justo. Sin un garante último del bien, sin una justicia absoluta e infinita, todo está sujeto a opinión. Sin una vida después de ésta, este mundo por sí mismo es injusto. No es justo que un chico muera sufriendo terribles dolores a los dieciséis años, y otro a los ochenta habiendo gozado de óptima salud. No es justo que uno viva en la miseria y otro en la mayor de las riquezas. No es justo que a uno le salgan bien todas las cosas, y en otros se cebe la adversidad de un modo continuo. Si el mundo ha de explicarse por sí mismo, si no hay nada más que el mundo para explicar al mundo, hemos de concluir que el mundo es injusto. Y no valdría la pena sacrificar la entera existencia, la vida, por un mundo que no es bueno, sino malo e injusto, aunque en él haya cosas buenas. El sacrificio, la autoinmolación, serían una necesidad. El egoísta sería el sabio. El egoísta, el vividor, el que disfrutase al máximo de su existencia sería el más inteligente. Esto ya lo comprendió San Pablo al afirmar *si Cristo no ha resucitado somos los más necios de los hombres*. Como se ve, hasta en los mismos textos fundacionales del cristianismo aparece la idea de que la lucha hasta la inmolación por los más altos valores sólo tiene sentido si existe una retribución post mortem. Sin

esa retribución, el mundo sería injusto. Sin esa retribución, el epicúreo sería el más inteligente de todos. Y el sanguinario sería tan sólo un personaje más de la variada fauna humana. ¿Pero tendría sentido parar los pies al hombre sanguinario si he de hacerlo a costa de poner en peligro mi vida? ¿tendría sentido tal cosa si el mundo entero no es más que una selva regido por las leyes de la selva? Querer cambiar esas leyes sería una tarea vana. Un mundo así sería un mundo irredimible por su propia naturaleza.

La idea de construir una ética desde la concepción de que todo acaba en este mundo, sólo se podría sustentar en que la vaga idea de que cuando se hace el bien uno se siente bien consigo mismo. Pero que pasa si uno se siente bien siendo un perfecto egoísta? Habría que convenir en que bien y mal son relativos y sujetos a mil opiniones diversas.

Por eso el bien y el mal sólo pueden ser objetivos si hay un garante final, si hay una justicia infinita y perfecta. En definitiva, sólo existe el bien y el mal, si existe Dios. Sólo Dios garantiza la objetividad e intangibilidad de estos dos conceptos de bondad e iniquidad.

Claro que la aceptación de que existe un bien y un mal objetivos, tiene mucho que ver con la idea de si es posible conocer la verdad. Ese es otro de los nefastos frutos del postmodernismo, pensar que ya no existe la verdad. En un mundo don-

de no existe la verdad, sino miles de opiniones, no puede existir un bien y un mal objetivos. Pero aquí, como antes, sólo puede existir la verdad objetiva si existe un garante de la verdad. El único garante de la verdad sólo puede ser Dios. Sin una Divinidad viviríamos en un universo donde nunca se podría estar completamente cierto de que hasta nuestros más seguros esquemas y fundamentos no estén equivocados. ¿Y si resulta que nuestras verdades más absolutas están equivocadas? El proceso de duda acerca de la verdad, e incluso acerca de si existe la verdad, puede ser llevado al infinito. Sólo la existencia de un ser que sea el fundamento definitivo de la verdad puede poner fin a ese proceso infinito de duda. Sólo Él puede proveer de un sostén definitivo a los fundamentos de la verdad, a los fundamentos de la posibilidad de la verdad.



Cuestión 152

¿Cuáles son los tipos de mal?

La variedad posible del mal es infinita. El lienzo *La Gioconda* es un bien, mientras que es un mal ese mismo lienzo con una vandálica rasgadura en pleno rostro. El lienzo sigue siendo un bien, la rasgadura es un mal, el mal existe en un bien, en un ser. Un rostro feo es un mal. El rostro es un bien, pero es un mal que sea feo. La sequía que provoca hambruna, un incendio forestal, la desaparición de una especie animal, un vertido de petróleo en el mar, una enfermedad... la lista de males posibles es infinita. Hay infinitos males posibles. Podemos imaginar infinitos seres posibles, pues bien, cada ser admite infinitas posibilidades de deformación, infinitos grados de degradación. Pero el mal por antonomasia, el peor mal de todos, es el mal moral, es decir, cuando el hombre hace el mal moral, cuando el hombre a sabiendas decide hacer el mal. El mal que sucede por culpa de la naturaleza, el mal que sucede por un error, por una imprevisión, es un mal inculpable. El peor mal, el mal cualitativamente distinto de todos los males inculpables, es el mal que se produce cuando un ser libre decide asumir sobre sí la culpa de cometer el mal.

Cuestión 153

¿Es el mal un concepto religioso?

Ha sido mi propósito al escribir las reflexiones anteriores construir un sistema acerca del bien y del mal válido para cualquier persona con independencia de sus creencias y convicciones. Y he querido que la construcción de razonamientos fuera válida para todos porque la lógica si está bien construida debe ser válida para todos. Ahora bien, sin concepto de Divinidad no existe justicia infinita. En un universo sin justicia no existiría el bien, y por tanto tampoco el mal. Luego el concepto de mal es un concepto ético. Sin Dios, la ética es sólo una declaración de buenas intenciones. La ética sin Dios sería como un coche de bomberos en medio de un incendio de dimensiones cósmicas.

El concepto de bien y de mal no requiere del concepto cristiano de Redención, pero sí que precisa del concepto de Dios. El ateo y el agnóstico pueden ser buenas personas, un honrado ciudadano, un buen padre de familia, pero en el momento en el que se le coloque en una situación heroica, en una situación límite, se planteará qué sentido tiene no sucumbir al mal, se planteará si tiene sentido el no sucumbir al mal si las cosas son llevadas al extremo. ¿Hasta qué punto el bien sigue siendo un bien si su defensa me provoca un mal máximo? Si yo juez, sé que

por emitir una sentencia correcta, me van a matar a mi mujer e hijos, ¿hasta qué punto el bien que hago no se convierte, en realidad, en un mal para mí? Sólo una retribución *post mortem* da sentido al bien. Sin esa retribución, el ejercicio heroico del bien se convierte en una injusticia para el que lo practique. Se convertiría en un acto heroico en pro de un mundo sin sentido. En un acto generoso en pro de un mundo de egoístas. Sin una Justicia Infinita, la práctica del bien heroico se convierte en algo muy loable, tan loable como carente de razón.

Si Dios no existe, todo es lícito. Si todo es lícito, sólo admitiré como norma para mí mis criterios de conveniencia. Si todo es lícito, nada es malo. Y si algo es malo, *te fastidias*. Este razonamiento puede resultar cruel, pero impecable desde un punto de vista sin Dios, sin retribución, sin justicia definitiva.

Por el contrario en la visión cristiana, musulmana, budista, platónica, masónica, etc, etc, existe una visión del cosmos como orden. Por el contrario sin Dios, sin posibilidad de conocer la verdad, sin la existencia de conceptos objetivos, el universo no es un orden. En esta selva cósmica no habría posibilidad alguna de pedir cuentas a nadie, no podemos invocar una razón superior para hacer o no hacer algo. En la ley de la selva, todo está permitido. La ley de la selva es el triunfo de la voluntad. El triunfo de la voluntad frente a la filosofía clásica que es el triunfo de la razón, el orden de la razón. En el orden

de la razón, el mal es un mal porque es malo. En el orden de la mera voluntad (la voluntad como razón última), el mal deja de ser un mal si lo deseo como bien.

Cuestión 154

¿Hasta dónde puede llegar el mal?

El mal no tiene límite. Por mala que sea una persona, todavía puede degradarse más. No existe un fondo, no existe un punto en el que no pueda caerse más bajo. Uno todavía puede encontrar modos de hacer más daño al prójimo, modos de hacer sufrir más a una persona.

Cuestión 155

¿No existe el mal infinito?

No, el mal siempre se asienta en un ente, siempre se trata de la degradación de un ser concreto. El mal no existe en sí mismo como ente. No existe la esencia del mal como ser. No existe el mal en estado puro. El mal existe siempre en una medida, la medida de la defor-

mación, y por tanto siempre es limitado. Por eso es imposible que exista un Dios del Mal. El concepto de Ser Infinito puede existir, no tiene contradicción en sí mismo. Pero el concepto de mal, puesto que es una carencia, no puede existir de un modo infinito.

Reflexionando sobre esta cuestión al escribir estas páginas me pregunté algo que nunca se me había planteado: lo mismo que existe un Ser Infinito, ¿no podría existir un Ser Infinito pero que se hubiera deformado infinitamente? Sólo un Ser Infinito admitiría una deformación infinita, una infinita degradación de todo su ser ilimitado. Eso es así.

El problema es que para degradarse ese Ser Infinito debería desear algo desordenado. Y el Ser Infinito al tener toda la plenitud del Ser nada puede desear fuera de sí. Luego para Dios es imposible la tentación. Dios no puede pecar, porque nada puede atraerle hacia el mal. Dios no puede desear nada fuera de sí. Así que la posibilidad de una carencia infinita en un ser infinito sea metafísicamente imposible.

Cuestión 156

¿Esta Dios por encima del bien y del mal?

Ni Dios está por encima del bien y del mal. Ni Dios está por encima de la verdad. Las cosas son buenas no porque Dios lo haya dicho, sino porque son buenas. Y son malas, porque son malas en sí mismas. La justicia, la misericordia, la caridad, la paciencia... son buenas en sí mismas. Dios no podía haber dicho: he decidido que el egoísmo, la mentira, la traición, los celos... serán vuestras virtudes. Dios no es quien decide lo que es la verdad. La verdad es en sí misma. Que $1+1=2$ es algo que ni Dios puede cambiar, porque es así. Nada ni nadie está por encima del bien ni del mal. La lógica es algo objetivo, es una especie de matemáticas de los conceptos, nadie está por encima de esas matemáticas conceptuales.

Cuestión 157

¿Cuál es el mayor mal?

Sin duda el odio. El odio puede tener tener cuatro objetos: Dios, los hombres, lo que nos rodea, uno mismo. Hay quien llega a odiar esas cuatro cosas con todas sus fuerzas. Es el grado final de la mayor degradación moral.

Cuestión 158

¿Es el pecado un concepto religioso?

Efectivamente, sin Dios no habría pecado. Sin Dios no hay posibilidad de pecado. Si Dios no existe, todo es lícito, escribió Dostoyevsky. Y tenía razón. Sin Dios ya no hay ni arriba ni abajo, nos repetirá Nietzsche. Sin Dios no sólo no hay pecado, sino que tampoco habría la posibilidad de recibir el perdón

de un pecado. ¿Quién podría perdonar el pecado? ¿Quién podría perdonar el concepto de iniquidad radicado en una persona? ¿Bajo qué autoridad se podría perdonar el reato de culpa? Si yo hago un mal a una persona, y esa persona me perdona, esa persona me perdona su sentimiento de venganza, me perdona

sus malos sentimientos hacia mí, pero no puede perdonar la mancha que hay en mí por haber hecho el mal.

El concepto de perdón de un pecado supone borrar la mancha que se produce en el interior del ser de una persona por haber hecho el mal. El perdón del ofendido se puede producir aunque el verdugo se carcajee del mal que ha producido en su víctima. El perdón del ofendido en nada borra el pecado, en todo caso enaltece a la víctima, pero nada más.

Al verdugo se le puede ocurrir el hacer todo el bien que pueda desde ese momen-

to para reparar el mal cometido. Pero si uno ha asesinado a miles de judíos en campos de concentración, qué puede hacer. ¿Podrá hacer algo que pueda resarcir de su mal? Eso nos hace comprender que existen pecados cuya reparabilidad es imposible para las fuerzas humanas. El ser humano es capaz de cometer males que después por sus propias fuerzas son irreparables en una vida. De ahí que la capacidad de cometer ciertos males suponen, indudablemente, la capacidad de cometer



males cuya irreparabilidad es tal que implican una culpa irreparable. Más que hablar de una culpa *infinita* deberíamos decir *irreparable*. Es decir, hay males tan espantosos cuya reparación escapa totalmente a nuestras manos. Hay males tan crueles, tan aberrantes, cuya comisión está en manos de nuestra libertad,

pero cuya reparación perfecta escapa a nuestra libertad. De esto a la comprensión de la necesidad de una Redención sólo hay un paso.

Cuestión 159

¿Hay algún mal imperdonable?

Por pura lógica será imposible que exista un mal que por sí no pueda ser perdonado por un Ser Infinito. El mal siempre será finito. Ahora bien, desde el momento que existe la libertad, el libre albedrío puede mantenerse en una postura de no-arrepentimiento. El Creador del libre albedrío respeta ese libre albedrío, sino no lo hubiera creado.

Además, hay pecados que requieren de una justicia infinita. Hay pecados de tal gravedad que exigen una restitución del orden quebrantado. El orden del universo, el orden de las cosas, la armonía de todas las cosas que existen, requiere que una violación grave, consciente, pertinaz y sin arrepentimiento de ese orden sea reparado. Por eso la eterna exclusión de la bienaventuranza para el que voluntariamente se ha convertido en un inicuo y no se arrepiente, es una consecuencia lógica del ser de las cosas. No podía ser de otra manera. El infierno no es una creación de Dios, es una consecuencia lógica del ser de las cosas, una justa reparación del orden violado.



Cuestión 160

¿Con la sola razón sabríamos que existe la condenación eterna?

Desde el momento en que consideramos que puede existir un Ser Infinito, desde el momento en que sabemos que existe el mal, es inevitable pensar que puede existir un estado de mal perpetuo que excluiría de la felicidad eterna. La cuestión acerca de la existencia de una condenación eterna no es algo que necesariamente tenga que provenir del contexto de revelaciones religiosas. Basta la mera razón natural para que la cuestión surga.

Además, que existe el infierno sobre la tierra es un hecho evidente, utilizando la palabra infierno de un modo lato. Infiernos personales indudables son los espíritus de los hombres que viven carcomidos por el odio y la agresividad. La cuestión es si este estado de infierno personal puede prolongarse de un modo indefinido o necesariamente en todos tiene un final.

Se mire como se mire, la condenación eterna sería la consecuencia lógica de dos factores:

-  la comisión de pecados muy graves
-  la libertad manteniendo un estado de no-arrepentimiento de tales acciones

Si estos dos factores se dan simultáneamente, cualquier mente humana puede comprender que, con independencia de toda religión, la exclusión de la bienaventuranza sería una consecuencia lógica. La alternativa a esta condenación sería la de un Dios que crea la libertad, pero destruye la libertad cuando no sale lo que Él quiere.

Cuestión 161

¿Sólo se condenan los que quieren?

Nadie quiere condenarse voluntariamente, son nuestras acciones las que nos excluyen de la bienaventuranza. De la misma manera que nadie quiere pasar sus años de vida sobre la tierra sumido en el odio y el deseo del mal



al prójimo (pero de hecho hay gente así), de la misma manera también hay gente que será excluida no porque quiera excluirse, sino porque sus propias acciones le excluyen.

Cuestión 162

¿Puede uno condenarse por pequeños pecados?

Indudablemente no. La condenación eterna es algo tan terrible, tan espantoso, que sólo por graves pecados puede uno perder el fin último de la existencia. Ahora bien, cada pecado por pequeño que sea, es un paso hacia otro pecado mayor. Cada pecado por ínfimo que sea, es un paso en dirección a la condenación. Nadie puede decir: pecaré sólo una vez y después no lo volveré a hacer. Cada pecado debilita la voluntad, cada falta oscurece un poco más nuestra inteligencia. Los grandes pecados no existirían sin los pequeños. Cada pecado por leve que sea, es una locura. Supone un paso hacia el precipicio.

Da la sensación de que la lucha contra los pequeños pecados sea una cruzada propia de celosos curas y devotas monjas. Y que por el contrario, la gente normal pudiera vivir en una alegre inconsciencia,

en una feliz libertad, eso sí, absteniéndose de lo grave. Eso es un error. Todos desde el momento en que somos conscientes de que existe la Divinidad, debemos ser conscientes de que existe la posibilidad de la eterna exclusión del goce de esa Divinidad. Y por tanto, desde ese momento debemos recapacitar de que lo pequeño nos prepara para lo mayor. Cada paso en sí mismo considerado es muy pequeño, pero si hay un precipicio detrás un pequeño paso hacia ese abismo es un peligro muy grave. Cada pecado no sólo debe ser considerado en sí mismo, sino además como un peligro para males mayores.

Cuestión 163

¿Dónde está la raya divisoria entre el mal realizado en grado sumo y la locura?

La pregunta surge espontáneamente al analizar casos como el de Hitler, Nerón, Pol-Pot u otros personajes menos importantes pero que hacen que nos cuestionemos si eran hombres inicuos o más bien enfermos mentales.

Lo primero de todo hay que tener clara la distinción entre desorden mental y pecado. En el mal moral una persona opta por hacer el mal. En la patología mental la capacidad de raciocinio se ve alterada

y la mente llega a conclusiones erróneas. En la enfermedad la razón llega a conclusiones erróneas sin querer. El enfermo busca alcanzar la verdad a través de la razón, y la razón le lleva al error. En el mal moral, la persona llega a una conclusión correcta: esto es malo. Pero desea hacer el mal, bien sea porque considera que está justificado, bien por beneficio propio, o por otro motivo.

El enfermo tiene un problema con la razón. El inicuo tiene un problema con la voluntad. Ambos pueden hacer el mal, pero uno hace el mal porque se equivoca, el otro porque quiere. Insisto, el que hace el mal porque quiere lo puede hacer por dinero, por sufrir un chantaje, por amor a la patria, por lo que sea, pero sabe que hace el mal.

La distinción entre ambas realidades es nítida y clara. El problema es que el mal llevado a sus peores límites, conlleva una deformación de la razón. Es decir, la razón es lentamente deformada por la voluntad. Al final, los razonamientos de la mente están oscurecidos, deformados, degradados. La persona está firmemente convencida de estar haciendo lo que debe, o de que es inocente, o de que su acto es neutral, etc. Esos casos extremos, cuando son llevados a juicio, se plantea la cuestión: ¿estamos ante un enfermo o ante un criminal? La maldad consumada hasta sus máximos extremos lleva a tal deformación del razonamiento que exteriormente se asimila en muchos aspectos a una patología.

En mi opinión, el modo de salir de este nudo gordiano es analizar si esa deformación del razonamiento se ha producido como fruto de un proceso libre y deliberado en el que la persona se ha ido acostumbrando a ir cometiendo maldades cada vez mayores, o si por el contrario desde el comienzo todo fue fruto de un *indeliberado mal funcionamiento* de la mente que se fue agudizando. Este creo que es el verdadero *quid* de la cuestión: analizar el proceso por el que la persona llegó a hacer lo que hizo.

Puede parecer que haber tocado esta cuestión acerca de un personaje tan concreto tenga un interés más histórico que espiritual, pero por el contrario es una cuestión de índole estrictamente espiritual cuya conclusión es evidente: el mal llevado a sus extremos parece una locura.

Ya he dejado claro más arriba que el enfermo mental no es responsable de sus

acciones, o no lo es plenamente. Pero hay pocos enfermos mentales. Con lo cual hay que recordar a la gente que el mal no es fruto de la inadaptación social, traumas de la infancia, problemas subconscientes o condicionamientos sociales, sino que ante todo es fruto de una decisión libre. Si quiero hago el mal, si no quiero no lo hago. Es así de sencillo. Y así de complicado.

²⁸Estrictamente hablando esta cuestión debería ir en el grupo de las cuestiones relativas a la Sagrada Escritura, y no en el grupo de cuestiones relativas al mal en abstracto. Sin embargo, expresamente el autor escogió esta cuestión para coronar el edificio teológico de este tratado.

Algunos se han preguntado si tiene algún simbolismo el que haya 164 cuestiones en el libro, si simboliza algo este número. No significa nada. Si al menos fueran 165 cuestiones, entonces sí. Pues $1 + 6 + 5 = 12$, número bíblico por excelencia. Pero falta una cuestión para alcanzar ese número. Todavía ando buscando esa cuestión. Quizá esa es la gran cuestión que me falta.

Hay que explicar que esta cuestión 164 era la cuestión final con que acababan las anteriores ediciones de este tratado. Tras ésta no había ninguna más. Como posteriormente se han añadido nuevas cuestiones, la razón de ser de la nota superior ha quedado un poco... difusa.

Y digo "difusa" por no decir "sin sentido". También cabe la posibilidad de que algunos consideren ahora a la nota cargada de un sentido superior.

Cuestión 164

¿Qué significa que Dios sondea los abismos?

(*28)

En la Sagrada Escritura (Dan 3,55)
se nos ofrece este magnífico versículo:

*Bendito eres tú, que sentado sobre querubines
sondeas los abismos:
a ti gloria y alabanza por los siglos.*

¿Qué significado puede tener esta afirmación de que Él está sentado si es espíritu? ¿Qué necesidad tiene de sondear nada? Evidentemente el lenguaje es antropomorfo. Dios lo conoce todo perfectamente y no necesita sentarse en ningún sitio. De ahí que hay un significado interno en estas palabras, un significado que va más allá de las mismas palabras. En mi opinión lo que quiere expresar es que Dios está rodeado del amor de sus querubines y serafines. Querubín vendría a significar poderoso. Serafín significaría ardiente. Yahveh rodeado el inmenso y poderoso ardor del amor de sus serafines y querubines sondea los abismos. No un abismo, sino los abismos. El abismo del amor y el abismo del odio.

El conocimiento de Dios contempla una y otra vez hasta donde ha llegado el poder de la luz y la bondad, hasta que simas ha descendido la iniquidad. Por toda la eternidad, por los siglos de los siglos, ante Él, ante su trono, están ante su vista ambas simas. Una sima la ha llenado a rebosar con su agradecimiento. La otra sima es un abismo de tinieblas donde reina la muerte.

Que Dios se apiade de nosotros.

Kyrie eleison.

Capítulo VII

Anexos

Estética del Mal CAPITULO



Anexo 1

(*29) ¿Es posible una estética del mal? ¿Existe una belleza no sólo en el mal, sino del mal, una belleza del mal? La respuesta, sin duda, es complicada donde las haya. Definamos antes los conceptos.

*LA ESTÉTICA es la parte de la Filosofía que estudia el concepto de la belleza y las reglas que rigen a la belleza.

*EL MAL es la carencia de un bien debido en un ser.

Si combinamos ambos conceptos formamos una composición que en apariencia parece imposible por contradictoria. O estudiamos qué es el mal, o estudiamos qué es la estética. Pero si mezclamos ambos elementos conceptuales, se anulan. O por lo menos eso parece a primera vista. Pero en realidad no se anulan, se combinan. Lo que surge de la combinación es, digámoslo así, un engendro; un engendro lógico. Pero en el mundo existen engendros. De momento, creo que podríamos aventurarnos a dar una tercera definición, fruto de las dos previas.

*La ESTÉTICA DEL MAL sería la parte de la Filosofía que estudia el concepto de belleza deformada, y analiza las reglas de la belleza que subyacen en la deformación de la belleza.

²⁹Quede advertido el lector que este anexo 1 es la parte más complicada de entender de todo este libro. Un pozo (confiemos que con fondo) situado en las lindes finales de la obra.

La belleza supone la perfección, el mal supone imperfección, deformación. En la medida en que una obra bella albergue un mayor grado de deformación en esa misma medida sería menos bella. De lo cual se deduce que el Mal Absoluto (metafísicamente imposible) sería absolutamente feo. Desde luego sería completamente imposible una Estética del Mal Absoluto.

¿Es posible, por tanto, una Estética del Mal? ¿Es posible una racionalización filosófica de la Belleza de la Deformación? ¿No existirá quizá únicamente una estética del bien, y la estética del mal será tan sólo un concepto de lo inexistente, como lo es el Mal Absoluto?

Bien, el problema está planteado. Y no es poca cosa plantear un problema tan enrevesado. Hay de decir antes de nada que para tratar de resolver tal problema usaré de los conceptos metafísicos aristotélicos. Sin esos conceptos (llamémoslos platónicos, aristotélicos o tomistas) en la misma base de esta reflexión, todo este asunto se tornaría un laberinto del que nunca saldríamos. Ya que desde otras filosofías, si la belleza es algo absolutamente relativo, si el bien y el mal son algo completamente cultural, entonces nunca podríamos avanzar en esta reflexión. Ya sería bastante, con esos presupuestos, ponernos de acuerdo en si existe o no la estética, en si existe o no el mal. Un relativismo absoluto en los conceptos supondría problematizar la cuestión hasta el infinito. Así que toda esta construcción mental acerca de la estética del mal quede claro que la levanto desde los sillares de aquel admirable estagirita y de aquel admirable dominico.

Antes me he preguntado si existe una estética del mal, quizá el modo más adecuado de ir respondiendo a esta pregunta es inquirir qué es lo que lleva a alguien a representar el mal. ¿Por qué representar el mal en vez del bien, lo feo en vez de lo bello, lo deforme en vez de lo proporcionado? Cuando aquí hablo del mal, hablo del mal metafísico y no sólo del moral, que sólo es un tipo de mal.

¿Por qué pudiendo representar lo bueno, lo bello, lo armonioso, representamos lo que no lo es? Que hacemos eso, desde luego, es un hecho, hay obras artísticas que buscan y pretenden la representación del mal. Hay obras en que el mal (la deformación) no es un elemento más de la representación sino el elemento esencial. Hay obras en que el verdadero objeto de la representación no es el objeto representado, sino la deformación que padece el objeto.

Sé que todo esto de lo que he hablado hasta ahora parece extraordinariamente absurdo, pero ahora voy a descender a ejemplos concretos que comenzarán a clarificar de

qué estamos hablando. Cualquiera que haya dado un paseo por la parte superior de Notre Dame de París, habrá observado que fuera del alcance de la vista de los viandantes, hay toda una pétreo población de moradores infernales. Alguien con buena intención podría tratar de explicar toda aquella variada fauna demoníaca alegando que lo que se pretendía tan solo era recordar el artículo de fe referente a los demonios, la plasmación integral del conjunto de la fe. Y el que dijera tal cosa no estaría errado, tal era también su pretensión. Ahora bien, asimismo hay que reconocer que en esa catedral como en centenares de catedrales de la entera Cristiandad, la abundancia de gárgolas, mensulas, capiteles, misericordias de coros y periferias de tímpanos representando lo malo y lo deforme muestran un verdadero deleite en crear aquellas formas. Sí, no hay duda alguna que hubo un especial interés en representar al mal, al Maligno, a los pecados, a la sinrazón. Aquello no era mera pedagogía.

Cualquiera que conozca en profundidad la iconografía medieval no podrá evitar darse cuenta de que aquellos talladores de bloques e iluminadores de pergaminos no se limitaron a plasmar el mal con repugnancia e incomodidad. Sino que por el contrario, en esa plasmación del mal hallaremos una experimentación estética que no encontramos en la representación coetánea de la nobleza y la hermosura. No supone ningún desdoro para la fe de aquellos creadores artísticos afirmar que en ellos hubo un verdadero deleite al intentar plasmar las formas más torcidas de la Creación, incluso de crear las que no existían.

Pero este fenómeno no es específicamente medieval, ni siquiera específicamente occidental. Encontramos esta misma experimentación en los campos de la estética del mal en todas las culturas. Y lo hallamos sin excesiva dificultad porque además la representación del mal es algo muy fácilmente identificable.

No hace falta tener ningún conocimiento de los contenidos de la cultura occidental judeocristiana para reconocer la deformación, el mal, en las gárgolas de Notre Dame, como tampoco necesitará conocimientos étnicos especiales cualquiera que contemple los seres bestiales y demoníacos de la religión hindú, o a los asuras de la religión indo-iraniana, o al Emma-O y sus demonios en la iconografía japonesa. Cualquiera neófito sabrá muy bien que representan al mal aunque no tenga ninguna instrucción acerca de esas mitologías. Por supuesto que podría aportar yo también excepciones de representaciones cuya ambigüedad podría parecer que pone en tela de juicio esta afirmación general. Pero me parece a mí que la representación deliberada de lo maligno tiene unos mecanismos de creación que son bastante reconocibles. Especialmente la hibridación bestial con caras terroríficas que aparece en esos personajes citados supone un lenguaje universal. La representación de un hombre bestial con rostro que infunde terror, es un significativo cu-

yo significado la inteligencia interpreta de inmediato.

Lo dicho parece muy circunscrito sólo a la representación de un tipo de iconografía, pero la universalidad de estos mecanismos de representación del mal es válida para cualquier arte. Por ejemplo, cuando Frank Listz compuso su *Tottemhaum* o *Danza Macabra* usó la armonía musical, pero la usa de modo que el oyente perciba que está escuchando algo maligno. Y además, sea dicho de paso, en este caso lo logra de un modo impresionante y vigoroso. Y lo transmite sólo con notas musicales, ni una palabra aparece en la partitura. Usa la armonía para expresar el mal. La desarmonía no hubiera logrado el mismo efecto. La desarmonía hubiera únicamente expresado fealdad. *Tottemhaum*, a través de las paráfrasis del tema del *Dies Irae*, expresa el mal, no la desarmonía. Lo mismo se puede decir de Danny Elfman en los temas de la banda sonora *Sleepy Hollow*. Tampoco necesita Jerry Goldsmith de palabras en el tema principal de *La Profecía*. Después nos enteramos que el título de ese tema es *Ave Satani*, pero no hubiera sido necesario que Goldsmith nos hubiera revelado el título, ni poner letra a esa música, para que el oyente hubiera reconocido ese pentagrama como una armonía que expresa malignidad.

Como se ve hay la estética del mal no es algo privativo de las gárgolas y similares. No sólo la pintura, sino hasta la literatura o las notas pueden expresar el carácter de perversidad.

Hay también otros aspectos más sutiles en la creación artística que podrían entrar dentro de esta calificación de una estética del mal. Por ejemplo, por citar un caso claro, cuando Tim Burton filma sus películas sabe muy bien que sólo un perito exegeta bíblico podrá percibir en los diálogos ciertas alusiones crípticas que son satánicas. Alusiones sutilísimas, perfectamente ocultas al ojo del espectador normal, pero inequívocas para el experto. Además, sea dicho de paso, los malos en sus películas tienen más interés y son más simpáticos que los buenos. En sus películas el mal es más atractivo que el bien. En la trama de cualquier obra literaria es comprensible que el mal al principio sea más poderoso, que predomine, eso da interés al guión. Pero hay obras, y las de Tim Burton son un ejemplo de manual, en las que la representación del mal eclipsa a la representación del bien, obras en las que el discurso en pro del mal resulta más convincente que el del bien, obras construidas para que el mal resulte más fascinante que el bien. Son obras en las que nos preguntamos acerca del sentido del bien esa creación. ¿No será el bien un mero elemento para exaltación del mal? También esto supone una cierta ramificación de una cierta estética del mal.

Si estos mensajes ocultos e implícitos forman parte de la intención del artista a la hora de representar el mal, hay otras obras en que el mal aparece de un modo extraordi-

nariamente explícito, por ejemplo en el cine *gore*. En la serie de películas de *Pesadilla en Elm Street*, como en tantas otras del cine *gore*, el mal sangriento es el objeto de repugnancia/delectación. La representación del mal cuanto más brutal, cuanto más salvaje, cuanto más sádico, pasa a ser el fin del filme. Y no sólo su fin, sino también su tema y argumento. Todo el arte del cine *gore* pasa a ser la plasmación de aquello que no es bello en sí, sino absolutamente rechazable e inhumano. En cierto modo el cine *gore* es la mera filmación de la tortura y el sufrimiento para el asco/goce del espectador. Dado que la gente paga la entrada para ver eso, es indudable que la gente se inquieta/disfruta visioando ese tipo de escenas. Pongo la barra inclinada entre los dos verbos porque unas personas no disfrutaban nada, salen horrorizadas, aunque ven una secuela tras otra. Se horrorizan, pero pagan y hacen cola por volver a sentarse en la butaca. Otras personas, las menos, gozan viendo aquello, sin la menor sombra de turbación.

Quizá esta vertiente de la representación de lo malo, la del cine *gore*, pueda parecer muy burda. Pero la estética del mal puede ramificarse por campos insospechados, y algunos de ellos nada burdos. Y así cuando el nacionalsocialismo puso tanto énfasis en la elaboración de una estética, era muy consciente de que sólo la estética podía hacer aceptable un mensaje de por sí inaceptable.

El nazismo es una muestra perfecta de como los fautores del mal tenían plena conciencia de que un mensaje horrible debía ser mezclado con grandes dosis de belleza. Mientras duró aquel régimen se le pedía a la población que renunciara a su libertad, a sus derechos, a cambio de belleza. De la belleza de un ideal social plasmado en imágenes y palabras. La fealdad de aquella doctrina debía ser ineludiblemente unida en la mente de las personas a la impresión de orden y fuerza que las *coreografías militares* representaban esmeradamente en las calles y en los noticiarios. Hitler personalmente supervisaba cosas tales como el diseño de estandartes, uniformes y muchas otras cosas. Quizá ningún régimen ha sido tan conscientemente estético. La población normal jamás hubiera aceptado el discurso nacionalsocialista sin los estandartes, los uniformes, los proyectos neoclásicos de la nueva arquitectura de Berlín, y todo el resto de la imperial parafernalia de un nuevo orden. El Régimen mostraba en los noticiarios cinematográficos las colosales estatuas que debían colocarse en las fronteras de la Gran Alemania para que el resto del mundo supiera quienes eran los amos de esas tierras. La entrada triunfal del Fuehrer en Danzing fue un ejemplo único de puesta en escena cinematográfica. Las convenciones de Nuremberg son auténticos cuadros, visiones artísticas de cómo plasmar el poder, el orgullo y la fuerza de una nación. Toda la estética del régimen nazi es una estética del

mal, una estética al servicio del mal, una estética que representaba el mal, pero eso sí de un modo muy bello. También la representación de la fuerza y el orden son partes de la estética. Si alguien piensa que sólo una montaña suiza con ovejas pastando es bella, y no lo es *El Triunfo de la Voluntad* de Riensfeld mostrando durante más de dos horas la concentración del partido nacionalsocialista en Nuremberg, está muy equivocado. La belleza es muy variada, también existe una estética de la fuerza y el poder.

Cuando hoy día muchos sociólogos se preguntan acerca de las causas que subyacen en el crecimiento de los grupos neonazis europeos, siempre se dan muchas razones que considero completamente válidas. Pero siempre se les olvida una que es esencial: visionar en televisión una y otra vez aquellos desfiles de la Alemania nazi, sus uniformes y todo lo demás, provoca en algunos jóvenes un hechizo estético. A los sociólogos se les olvida que por mucho que los reportajes televisivos sean antinazis y que en las películas de Hollywood siempre ganen los aliados, la estética de fuerza y poder posee una fuerza inherente que se les queda grabada en el subconsciente. La visión de esos documentales de época, con escenas de propaganda hitleriana, producen un efecto nocivo en una porción de la sociedad aunque vayan acompañados de una explicación antifascista. Para esa pequeña porción, estadísticamente irrelevante, esas escenas son nocivas diga lo que diga la voz en off. La estética habla por sí misma. La estética es ya de por sí un discurso.

El poder de la estética es tan fuerte, tan arrollador, que hasta las mismas construcciones filosóficas pueden ser desbordadas como una riada por el discurso de la belleza. La obra de Nietzsche es una muestra sobresaliente de esto. A la hora de exaltar al superhombre sin conciencia, a la hora de defender sin pestañear la eliminación de todos los seres débiles, de promulgar la fuerza y la guerra como el medio para mantener la superioridad del nuevo hombre, a la hora de hacer todo eso Nietzsche no nos da ninguna razón. De hecho a la razón la llama la "prostituta razón". Sin embargo, a pesar de no dar razones, porque él ya no cree en la razón, escribe un discurso tan lleno de fuerza, literariamente tan encandilador que bastó la belleza arrasadora de la forma literaria para esparcir su paupérrimo contenido por todo el mundo. La Historia de la Filosofía se vio contagiada de su mensaje por mor de la belleza literaria de sus páginas. Sin esa belleza, su mensaje se podría resumir en media página, y visto así, al desnudo, es bastante pobre. En Nietzsche todo es forma, todo es estética, frases lapidarias, contundentes. Pero bastó el Nietzsche literato, no el pensador, para irrumpir en las mentes de miles de pensadores y producir fascinación en ellos. No deja de ser apasionante observar como los silogismos de las mentes de toda una generación centroeuropea, no pudieron contener la fuerza que habitaba en la belleza de algunas de sus páginas.

Como se ve campo de la estética del mal es amplio, va desde la iconografía demoníaca, a la representación románica de los pecados, desde la estética nazi al cine *gore*. Sin embargo, no forma parte del estudio de la estética del mal el estudio de la estética del error. Una cosa es representar el mal y otra muy distinta realizar obras que llevan incluido en su contenido el error. Así por ejemplo, las antiguas películas de indios en las que ellos siempre son los malos, cuando eran los indios los que estaban siendo exterminados, eso no entra a formar parte de una estética del mal. ¿Por qué? Pues porque en esas películas los indios aparecen como malos y por eso son aniquilados, en la película se aniquila el mal. Mientras que en los noticiarios del III Reich aparece un enaltecimiento del mal que se presenta como tal. En los noticiarios se exalta la superioridad aria, se insulta y escarnece a los judíos, se promueve la eutanasia de los deficientes. Es decir el mal aparece como tal, es una apología artística del mal. Allí radica la diferencia.

Una cosa es el error-en-la-estética y otra la estética del mal. Cualquiera de nosotros dispararía a unos indios que fueran de verdad como los de las películas. Pero en la estética del mal el artista te presenta el mal, y te dice "ámalo".

Tampoco hay que confundir la estética del mal con la estética del desorden. La gente pensaba en los años 70 que el futuro tenía que ser como 2001, Odisea del espacio o como *La Guerra de las Galaxias*, es decir la belleza de lo limpio, de lo ordenado, la luz reinando en todas partes. Ridley Scott mostró en su *Blade Runner* que la plasmación del desorden, la suciedad y la pobreza podían conformar una obra de arte cinematográfico mucho más interesante que la plasmación de lo que en sí era mejor o más impresionante. *Blade Runner* como obra artística es más bella que otras obras que representan mundos bellos y perfectos. Por lo tanto la representación de la imperfección, puede ser mucho más bella que la representación de la perfección. Es posible componer una obra de arte más bella con la fealdad que con la belleza. Es posible crear más belleza representando la fealdad de la Guerra de Vietnam que mostrando el paraíso. Al fin y al cabo, hay mucha más belleza en la representación del infierno de *El Jardín de las Delicias* de El Bosco, que en la banal representación de un rostro de una mujer hermosa.

El desorden, el caos, tienen infinitas posibilidades de plasmación. Pero el desorden en sí mismo no es objeto de la estética del mal. ¿Por qué? Pues porque imperfección en sí no implica mal, mal moral. Y por tanto la estética de la imperfección no forma parte de la estética del mal.

El caos que reina en *Sopa de Ganso* de los Hermanos Marx no es maligno. Mientras que el civilizado, educado y suave Hannibal Lecter en *El silencio de los corderos*, sí que es una impactante plasmación del mal.

Tampoco hay que confundir la estética del mal con la obra de arte inmoral. Pues

para empezar hay que recordar que la representación del mal, por atractiva que sea, puede ser tremendamente moral. Y por otro lado la representación del bien puede ser inmoral. La Biblia al fin y al cabo es un buen catálogo de pecados, centenares de representaciones de todo el mal posible en todas sus variantes. Y, sin embargo, es una obra que trata de incitar al bien. Uno al leer todo ese inventario de pecados contenidos en las páginas de la Biblia, después de leer todas las páginas (con su recopilación de la iniquidad humana) un lector objetivo, no influido previamente, siente el impulso de detestar el mal y hacer el bien.

Por el contrario un novelista puede hacer que en su novela triunfe el bien, pero defender la bondad de un modo tan deliberadamente chapucero, tan conscientemente burdo, que en el fondo los lectores se sientan más inclinados al lado tenebroso. Es más, hay libros en los que por debajo de una aparente lectura moralista, puede subyacer una segunda lectura sólo visible para los más inteligentes que sea demoledora de lo que aparentemente se diga en la primera lectura aparente. Sí, en la Biblia ciertamente hay mucho pecado, pero la obra lleva al bien. En otras obras puede no haber nada de pecado sino, por el contrario, una apasionada defensa de la virtud, y, sin embargo, incitarnos a todo lo opuesto. De ahí que estética del bien no sería la expresión del bien, y estética del mal la mera expresión del pecado. Hay obras con mucho pecado que son buenas, como se ha dicho. Y obras en las que aparentemente hay mucha virtud y sólo virtud, y que, no obstante, son inicuas.

En esta catalogación de las obras que pertenecen o no al objeto de estudio de la estética del mal, mención aparte merecen los grupos de personas en los que existe ya una disfunción insana en la percepción de la belleza. Existen muy reducidos grupos de jóvenes, los llamados *siniestros*, que cultivan la fealdad como forma máxima de la belleza. Se visten de negro de manera completamente desarreglada, se maquillan de forma que parezcan más tétricos (labios de negro, maquillaje que dibuje ojeras oscuras, orejas asaeteadas por infinidad de piercings, labios y narices atravesados por barras metálicas, etc), gustan de lugares adornados con calaveras, manos disecadas, sepulcros, en fin, un macabro y largo etcétera. Esto sí que entra dentro de la estética del mal, pero dentro de la insana e ilógica estética del mal. Hay que entender que la estética del mal sigue unas reglas lógicas. Y que tanto el que participa de unas ideas como de otras puede compartir la admiración por la obra de arte digna de de alabanza. Cualquiera comprende la belleza de las gárgolas, admira los valores meramente estéticos del III Reich, gusta de la película *La semilla del Diablo*. ¿Pero qué se puede encontrar en esta corriente de los así llamados *siniestros*? Una cosa es valorar la plasmación estética del mal, y otra muy distinta cultivar la fealdad en sí misma. Sin ninguna duda, este tipo de manifestaciones de la estética del

mal son manifestaciones insanas, grupos sociológicamente replegados sobre sí mismos en los que se cultiva una deformación de la percepción mental de la belleza. Tales grupos son como una variante de la coprofilia. La Filosofía (y por tanto la Estética) estudia la realidad a través de la lógica, ya inductivamente o deductivamente. Pero comportamientos de ese tipo no responden a ninguna lógica. Por tanto sólo cabe el estudio sociológico de la evolución de cada grupo. O el estudio psiquiátrico de cada sujeto.

En conclusión diré que como se ve la representación del mal abarca todas las artes (incluida la arquitectura). Abarca la plasmación política del mal, la contemplación del sufrimiento como deliberado objeto del arte, la voluntaria deformación literaria de las construcciones filosóficas, y un sinfín de primitivas hibridaciones entre bestias y hombres-bestias. La estética del mal abarca un mundo infinito de posibilidades puesto que las posibilidades de combinación son infinitas. La estética del mal, por tanto, abarca un campo que va desde los vampiros y los licántropos, hasta el Hannibal Lecter o el Jefe del bufete de abogados de *El Abogado del Diablo*. Las reglas de la belleza del mal son utilizadas por unos para llevar al bien, por otros para llevar al mal. El mal ha sido retratado tanto por fray Angélico como por Polansky. Pero lo característico de esta materia es que tanto los unos como los otros parecen usar unas reglas innatamente universales que permiten identificar al mal como mal.

Después de haber reflexionado acerca de las distintas posibilidades de la estética del mal, queda un punto sobre el que podríamos reflexionar: ¿por qué nos deleitamos en la bella deformación de la belleza? ¿Qué mecanismos existen en la mente humana para que no prefiramos siempre, en todo momento, la representación del bien y no la del mal? ¿Por qué la estética en ocasiones escoge premeditadamente como objeto el mal, para hacer del mal, de la carencia, de la deformación, un objeto bello?

No hace falta repasar la temática de las novelas, ni del cine, para percatarse de que las siete Musas parecen estar más interesadas en lo pecaminoso, en lo sangriento, en lo torcido que en contarnos vidas de santos. ¿Por qué, si la estética es belleza, tantas veces el objeto de la estética son materias torcidas? En mi opinión eso se debe a los mecanismos gnoseológicos normales insertos en la naturaleza humana.

Me explico, el ansia natural de conocer tiende a extenderse a todos los campos y materias. Cuanto más desconocido y fuera de lo normal es algo, tanto más se apetece su conocimiento. Porque de su aprensión intelectual nace esa fugaz y placentera sensación que es la sorpresa. Un cordero recién parido con dos cabezas no es algo precisamente be-

llo, pero si alguien se asoma afuera del establo y nos grita que acaba de nacer ese engendro, correremos para acercarnos a verlo. En abstracto una oveja normal es portadora de más belleza que ese parto bicéfalo, pero nuestro conocimiento busca lo extra-ordinario. Y con gusto dejaremos de seguir contemplando una verde campiña con ovejas pastando, por ver un ser deforme.

Lo mismo pasa en el arte. La inmensa mayoría suele preferir visionar *El silencio de los corderos* a ver una película feliz y moralizante. La inmensa mayoría prefiere leer los asesinatos de *El nombre de la Rosa*, en vez del bucólico *Platero y yo*. Independientemente del juicio de cada cual acerca de estas obras, el gusto de la inmensa mayoría está fuera de toda duda: no veo en los escaparates de las librerías muchas vidas de santos.

Todo esto lo único que significa es que la obra de arte es, a fin de cuentas, un objeto de nuestro afán cognoscitivo. Y que el hombre gusta más de conocer lo extraordinario que lo cotidiano. Le estimula más acercarse al cordón policial tras un accidente, que seguir contemplando el bucólico parque por el que paseaba. Si Ulises se hubiera quedado en su casa haciendo feliz a su Penélope, la obra que narrara su vida no hubiera sido un best seller de la Antigüedad. Por el contrario, Polifemo devorando crudos a varios marineros, Circe convirtiendo en puercos a seres humanos, y un largo etcétera, ofreció a las mentes de su tiempo objetos cognoscibles que aquellos hombres labradores y ganaderos no tenían ante sus ojos en su vida cotidiana.

Poco a poco el arte ha tenido que ir buscando nuevos ámbitos de donde extraer objetos cognoscibles sorprendentes. El arte ha ido agotando las posibilidades creativas de la deformidad. Se comenzó ingenuamente a hibridar hombres y bestias. Después se comenzó a explorar las capacidades del mal del hombre. Después las capacidades patológicas del hombre para obrar el mal. El arte ha explorado todas las posibles amenazas para nuestro mundo, todos los horrores personales y colectivos. Todas las aberraciones han sido exploradas en el campo de la creación artística. Todos los infiernos han sido ya pintados. Aunque siempre se nos ocurren subespecies de infiernos o combinaciones de varios de estos. Desde luego aunque nunca hubiera existido el III Reich, alguien lo habría imaginado como tema literario, como motivo estético. Se ha colocado al malo en todos los ámbitos posibles: en lo preternatural, en lo político, en lo meramente delictivo... Esto no indica que estemos enfermos, ni que nuestra estética se haya desviado, no somos masoquistas por contemplar eso, ni sádicos por crear esas obras. La estética se ha limitado a tantear todos los campos posibles del bien y del mal, de la belleza y del horror. Mas todo esto no es una estética del mal. Repito como al principio que **la estética del mal es la parte de la filosofía que estudia el concepto de la belleza deformada, y las reglas de la belleza que subyacen en la deformación de la belleza.** Por lo tanto, todo

el mal acumulado en siglos en el arte no constituye materia de la estética del mal, en ese caso hablaríamos del mal en la estética. Sin embargo, desde que un hombre primitivo en Grecia delante de un ánfora decidió por primera vez no pintar al hombre o a la mujer cuanto más bellos mejor, sino empezar a mezclar especies zoológicas y crear monstruos, entonces aquel pintor de ánforas dio los primeros pasos hacia la estética del mal. Cuando apareció la primera arpía, la primera Gorgona, ese arte comenzó a ser no una obra bella que había salido mal, sino una obra que renunciaba a representar la belleza y pasaba a representar la bestialidad. No era un animal lo que se representaba, no era una batalla, era la bestialidad como concepto.

Desde aquellas cerámicas pintadas hemos ya visto, leído y oído muchas cosas, muchas creaciones del intelecto, pero la única limitación que todavía conoce (y para siempre) la estética del mal es la impotencia de representar al Mal Absoluto. Plasmemos sobre el lienzo lo que plasmemos, construyamos la novela que construyamos, el Mal Absoluto seguirá siendo sólo posible representarlo únicamente bajo la combinación de dos conceptos: mal + absoluto. En su brevedad, casi de combinación química, se nos presenta el umbral imposible de alcanzar. Qué impotencia tantas representaciones del mal, y no poder plasmar eso.



